

# Raíces de la literatura fantástica en el Campo de Gibraltar

Ángel Gómez Rivero

## RESUMEN

Con el título de *Raíces de la literatura fantástica en el Campo de Gibraltar* se pretende dejar constancia de una mirada entrañable a los inicios de este género en nuestra comarca. Considerando que en los últimos tiempos hay un nutrido número de autores locales interesados por la fantasía en todas sus facetas –dibujo, literatura, cine...–, como nunca ocurriera antes, el autor centra el análisis en el relato pionero *Visiones del porvenir*, un cuaderno de tirada mínima fechado en 1923 y autoeditado por el artista algecireño José Román.

**Palabras clave:** Literatura fantástica, José Román Corzánego, Campo de Gibraltar.

## ABSTRACT

With the title of “Roots of fantastic literature in Campo de Gibraltar”, it’s intended to record an endearing view to the beginnings of this genre in our region. Whereas that in recent times there’s a large number of local authors interested in fantasy—in all its facets—, drawing, literature, film..., as never before, the author focuses the analysis on the groundbreaking narrative “visions of the future”, a notebook of a small edition dated in 1923 and self-published by the artist from Algeciras, José Román.

Key words: Fantastic literature, José Román Corzánego, Campo de Gibraltar.

De siempre, parece ser que las temáticas de fantasía, ciencia ficción y terror han supuesto un posicionamiento incómodo para muchos autores y críticos literarios, que consideran vérselas frente a géneros menores, dados a falsedades descriptivas y a pocas profundidades psicológicas en materia de personajes. Obviamente, estoy en total desacuerdo con tal actitud clasista dentro del terreno de la creatividad, pues no hay sentimiento alguno, ni reflexión, que no pueda desarrollarse de manera eficaz dentro de cualquier género literario.

Como escritor y novelista, mi obra se circunscribe por completo a todo lo citado con anterioridad, y en mis propias carnes viví el sutil rechazo de atreverme a escribir sobre intrigas y fantasías, tal que fuera un irlandés en lugar de un andaluz de tierras cálidas. Y no es que un servidor haya caminado en soledad en este empeño. Aquí, en nuestra comarca, tenemos numerosos poemas —y algún que otro relato— del veterano escritor Luis Alberto del Castillo, o una gran parte de la producción lírica de Juan Emilio Ríos,

también interesado últimamente en el terreno de la prosa fantástica y sobrenatural. Incluso hay autores que han legado sus pensamientos en formato de fábula fantástica, como Federico Fuertes y su novela *La reina de Inglaterra*, con una Algeciras casi convertida en Venecia por efectos de las inundaciones. Es más, en los últimos tiempos, y de manera paralela con el terreno cinematográfico, son muchos los nuevos autores que se plantean escribir relatos, más o menos breves, con tramas que se salen de lo real para recalcar en lo imaginario. Igual buena parte de la culpa la tengamos los autores más veteranos.

Por todo ello, inmensa fue mi alegría al caer en mis manos un relato titulado *Visiones del porvenir*; un cuaderno de tirada mínima fechado en 1923, autoeditado por el artista local José Román. El ejemplar partió de Florentina Román, hija del artista, que fue regalado y dedicado en 1996 a Andrés Bolufer, el biógrafo de su padre, que ofreció una copia a Juan Emilio Ríos, que a su vez la depositó en mis manos. Ante tal sorpresa, procedí a leer con intensidad este relato,

cuya extensión es de cuarenta y siete páginas en formato pequeño, lo que implica una narración de unas treinta páginas en una edición más convencional. Suficiente para adentrarme en lo que el autor consideraba *una narración fantástica arreglada de un sueño*. Pero antes de sumergirnos en la obra, recordemos en pocas palabras quién fue José Román, cuyo nombre sería tomado de manera honorífica por el Ateneo algecireño.

José Román Corzanegro fue un *epígono del academicismo decimonónico* —Andrés Bolufer *dixit*—. Nació en Algeciras en septiembre de 1871 y falleció en Madrid, en febrero de 1957. Conocido más que nada como dibujante, es famosa la caricatura del torero Belmonte, estampada a pincel en una piedra que desde su ejecución luce en la carretera de Pelayo, camino a Tarifa. Amante del mundo de los toros, se vio atraído por el arte del modelado y, como colofón complementario, legó una interesante obra literaria costumbrista, compuesta por títulos como *Rueda de noria*, *Frente al lienzo*, *El libro de los toros* o *Granada... Granada*, en los que dejó constancia de sus inquietudes artísticas y sus filias. Es obvio que las temáticas de corte sobrenatural no fueron de su interés, pero sí queda curioso el hecho de que se decantara por un relato anticipativo, de ciencia ficción. Y no solo resulta interesante dentro de su obra de creación; también por ser pionero dentro de este género en nuestra comarca, a pesar de no haber creado escuela.

De entrada, me viene a la mente la figura del escritor francés Jules Verne, que en la mitad del siglo XIX legó una colección de novelas de ciencia ficción apoyadas en invenciones que el futuro demostraría como ciertas. El interés aventurero del escritor se mezcló con las temáticas paracientíficas para profetizar avances tecnológicos que entonces eran quiméricos, pero que se convirtieron en realidad. El caso de nuestro paisano es bien distinto. Es su costumbrismo el que impera, y cede poco terreno a la invención y a la osadía futurista, a pesar de que la narración discorra en el mes de mayo de 1999, con setenta y seis años de por medio en la distancia del tiempo. En esta ocasión se trata más bien de una mirada sentida y poética, tal vez nacida de sus propios sueños, como asegura en el prólogo, denominado aquí *Aclaración*. Refiere ante todo el sentimiento

de entender el devenir de su comarca, en especial la ciudad de Algeciras, pasados tantos años. Incluso se atreve a aseverar, lo que no deja de ser una defensa, que él no será testigo de su visión futurista, ya que nadie piensa en ser centenario; en este caso veintiocho años más a sumar.

De entrada, la fábula se inicia con un viaje a través del *túnel del Estrecho*, como un elemento descriptivo de arranque con impacto anticipativo. Román se aprovecha de las expectativas contemporáneas sobre la construcción de un túnel bajo las aguas para unir el continente europeo con el africano, cuyas noticias se divulgaban en la prensa por aquellos lejanos años. Se trataba de un proyecto semejante al del túnel del canal de la Mancha, para unir a Francia con Inglaterra. Dos años después de escribirse esta obra, la Asociación del Ferrocarril Transahariana empezó una propuesta para su construcción. Durante diez años se realizaron muchos estudios, pero el proyecto terminó por olvidarse al estallar la Guerra Civil Española, y quedó aletargado durante décadas. El viejo sueño, contemplado muchos años después por los ingenieros contemporáneos, arrojó datos significativos: la profundidad del mar y las condiciones geológicas, susceptibles a los terremotos, cerraban cualquier posibilidad de llevarse a cabo el proyecto. La mente del artista ofrece aquí, por lo tanto, una realidad alternativa que no llegaría a tomar forma, lo que no deja de ser fascinante en su contexto como licencia poética.

En el capítulo *Primeras impresiones*, llama la atención el hecho de que se describa un hotel espectacular frente al mar, con jardines poblados de árboles pequeños para no tapar la espectacular vista de la bahía. Y es sorprendente porque no se cita al Hotel Cristina, construido en 1901, habida cuenta del referente tan importante que fue y es. ¿Supondría Román que no sobreviviría un siglo? Así como resulta simpático que exista un servicio de transportes y paquetería de autogiros. Apelando a la historia, el ingenio aeronáutico fue invención del ingeniero español Juan de la Cierva. El primer vuelo se llevó a cabo precisamente en 1923, con un recorrido de doscientos metros. La aparición de los helicópteros hizo olvidar este medio de desplazamiento algo inestable a la hora del aterrizaje, debido a que las ráfagas de viento volvían a elevarlo. Sin duda que Román

quedó impresionado por el ingenio sin intuir la evolución tecnológica en materia aerodinámica. También, en otro orden, se dice que en 1999 habría muchos semanarios editados en Algeciras, así como una guía de la ciudad. En este caso concreto, podemos aprobar el hecho de que, desde hace años, disfrutamos de varias guías de ocio en la comarca. Doy fe por haber sido y ser colaborador de varias de ellas hasta el día de hoy.

Dejando aparte los nombres que se citan –uno sospecha y especula que hay algo de guiños referidos a varios amigos del escritor–, el capítulo *El cicerone* nos aporta no pocas apreciaciones. «Es ésta una región llamada a la prosperidad», dice con acierto alguien que atiende en la llegada a la ciudad al personaje principal, del que citan su nombre por vez primera: Mariano Tréllez. Así, sabremos también que el Saladillo, en la fábula, queda identificado por fábricas y talleres de fundición, y que, próximo al mar, triunfan unos astilleros, dada la importancia marítima de la bahía. Uno no deja de esbozar una sonrisa al recordar al varadero El Rodeo, ubicado en la zona descrita. Pero tras los pros llegan los contras: una red de tranvías cubre toda la geografía, desde Getares hasta Gibraltar. Hoy sabemos que el tranvía dejó de tener vigencia en 1935, debido a la proliferación de los vehículos motorizados, a pesar de que en la modernidad aparecieran nuevos tranvías, con tecnologías modernas, como medios alternativos con los que combatir la agresión al medio ambiente por parte de la contaminación, aunque en ciudades francesas. Y también nos informa el relato sobre centrales eléctricas y empresas que abastecen a zonas como Chorrosquina y Pelayo, sin duda por el tema de los manantiales. Habría sido milagroso que Román hubiera reparado en las energías alternativas, en especial la eólica, para convertirse en todo un profeta mayor. Y ahora mi sonrisa nace de la ingenuidad de asegurar que el juego desaparecería de la faz de Algeciras, teniéndose en cuenta la de bingos que surgieron desde hace lustros mientras desaparecían, a la vez, librerías y salas de cine. La frase de cierre del capítulo es tan simpática como ingenua: «Se aburrieron —los clientes— hartos de perder».

En el capítulo *El paseo*, y mientras se resalta la expansión del comercio y la proliferación de las vías marítimas y las líneas férreas, el protagonista

pregunta qué fue de la «antigua política», anterior a una supuesta revolución en 1953. La respuesta que recibe es la siguiente: «La política aquella es una cosa que pertenece a la historia, que queda en los libros, en las colecciones de periódicos». Estamos ante un amago de aproximarse al subgénero de la política ficción, tal como hicieron los escritores visionarios británicos George Orwell o Aldous Huxley; pero Román prefirió no desarrollar, quizá para no enrarecer un relato destinado, ante todo, a exaltar una Algeciras limpia y pura: su Algeciras soñada.

El autor fantasea con un puerto eficaz «que no se hizo muy grande... sin grandes obras, pero muy suficiente a su tráfico» en el capítulo *Tréllez examina el puerto mundial*. Recordemos que fue en 1906 cuando se constituyó, en el plano real, la Junta de Obras del Puerto, comenzando inmediatamente el crecimiento de tan magna construcción. En el año del relato, se instalaron dos grandes grúas, Goliat y Titán, que levantaban piedras llegadas en grandes barcas. A pesar de todo, el auge de nuestro puerto no llegaría hasta la segunda mitad del siglo XX, durante los últimos años de vida de Román. Si él levantara la cabeza, creo que quedaría abrumado por la ciudad futurista, preñada de luces, que adorna desde hace años nuestra bahía. Casi diríase un decorado formidable de película de ciencia ficción moderna. Más comentarios curiosos surgen en este capítulo. Valoren ustedes mismos el primero: «... ya las embarcaciones no necesitaban el refugio del río —de la Miel—, siempre precario y maloliente, y lo cubrieron en su totalidad desde el antiguo viaducto de Los Arcos...». Y ahora el segundo: «Venido a menos el toreo por el auge de otros *sports*, la afición a la fiesta llamada nacional descendió paulatinamente, más por ello España no dejó de ser siempre la cuna de la tauromaquia». Sin comentarios.

En el capítulo *El recuerdo*, en su paseo por la nueva Algeciras, el autor se ilusiona con calles y avenidas que no llegarían a ser; obviamente, no pensaría en 1923 que sí existiría en el futuro una calle José Román, aunque sí tuvo el honor de conocerla ya de anciano. También se detiene a comentar en torno a la figura de su contemporáneo Esteban José Valdivia Cabrera: «Según la guía, este Cabrera fue un buen alcalde... y en su juventud hacía versos...». No

deja de entreverse en la redacción connotaciones irónicas, habida cuenta de que hoy día sabemos del enfrentamiento que existió entre ambos poetas, que afectaba no solo a lo estético, sino también en materia ideológica.

Es de suponer que nuestro hombre debía tener noticias de la creación inminente de una biblioteca municipal. En el capítulo *La biblioteca municipal*, confiesa que se inauguró en 1928 gracias al empeño del cronista Manuel Pérez-Petinto. La realidad apunta al año 1925, aunque el proyecto existía desde 1897. O sea, que se construyó tres años después del escrito, y no cinco; aunque la propuesta, ciertamente, corrió a cargo de Petinto. En un párrafo, Román refiere una estantería de la biblioteca dedicada a Bianchi Santacana, todo un extenso archivo algecireño, propiedad del que fuera alcalde de la ciudad en 1916.

En los dos siguientes capítulos —*La ruta de los molinos* y *La ciudad a vista de pájaro*— se hace referencia a un funicular que sube hasta la sierra, constituido por un coche único que asciende la pendiente en pocos minutos. El escritor engalana su prosa con la descripción del mágico entorno natural; tanto los accidentes geográficos próximos como las ciudades alejadas en el horizonte, hacia los cuatro puntos cardinales, tal que fuera la atalaya del mundo, sin olvidar al Peñón de Gibraltar. Con la expresión enamorada: «¡Ah, madre Naturaleza!» da por concluido el capítulo.

En *Ferías y fiestas*, Román reflexiona sobre lo que fue la feria de Algeciras, con sus tratos de compra y venta de ganado, más que en aventurarse por lo que habría de convertirse, dejando de lado el sentido como verbena con puro carácter lúdico. Sin embargo, agudiza más en su anticipación en el capítulo *El barrio sagrado*. Así, Trélez se detiene junto al guía en la barriada

San Isidro. Sus palabras son tan asombradas como jubilosas: «Pero esto se conserva seguramente como há cien años... Estos árboles, estas paredes, estas casitas bajas, la propia hierba de estas calles, deben ser las mismas de las generaciones que pasaron». La razón dada a tal actitud urbanística conservadora es el «olvido» de un plan urbanístico centrado en hacer crecer la ciudad. Olvido que los dos personajes celebran con alegría, al igual que nosotros sonreímos mientras leemos los párrafos.

En síntesis, resulta seductor embarcarse en este relato que intenta prever una Algeciras futurista para el autor, donde expresa su gran amor por la patria chica, su afán descriptivo hacia un costumbrismo que define su obra. Como profeta, José Ramón no tendría mucho que ver, ya digo, con autores universales como Jules Verne; o menos aún con Herbert George Wells, cuyas fantasías protagonistas de sus novelas están aún por llegar. No importa demasiado, porque el texto de nuestro escritor está preñado de sensibilidad, respeto y nostalgia por partes iguales. Y si no, aventurémonos en describir la Algeciras de dentro de cien años. Igual nuestros nietos son los que tendrían que esbozar una amplia sonrisa por nuestros desvaríos. Es lo que tiene ser osado ante un género en el que es más fácil decantarse por la fantasía desbordada que profetizar con ánimos de acertar. Por todo ello, como autor de esta comarca, no dejo de sentir un inmenso cariño por el loable aporte literario de José Román, artista, literato y algecireño insigne. ■

---

### Ángel Gómez Rivero

Profesor, ensayista cinematográfico y novelista

---

#### Cómo citar este artículo:

Ángel Gómez Rivero (2019). "Raíces de la literatura fantástica en el Campo de Gibraltar". *Almoraima. Revista de Estudios Campogibaltareños* (51), diciembre 2019. Algeciras: Instituto de Estudios Campogibaltareños, pp. 155-158

---